

EL COMPROMISO DEL INTELLECTUAL¹

Paul A. Baran

(Stanford University)

¿Qué es un intelectual? La contestación más obvia parece ser la siguiente: una persona que trabaja con su intelecto o que, para obtener su sustento (o si no necesita preocuparse por esas cosas, para satisfacer sus ambiciones) utiliza su cerebro en lugar de su fuerza muscular. Sin embargo, a pesar de ser tan sencilla y directa, esta definición se considera totalmente inadecuada. Al comprender a todos aquellos que no se dedican a labores físicas, es evidente que no se apega mucho al significado usual del término “intelectual”. En realidad, la existencia de expresiones tales como “profesor melencudo” y “cabeza pelona” sugiere que, en la conciencia pública, existe una noción diferente que sólo incluye un grupo determinado de personas que forman un estrato más reducido que aquel que comprende a todos los que “trabajan con sus cerebros”.

No se trata de un mero subterfugio terminológico. La existencia de esos dos conceptos diferentes refleja más bien una condición social real cuya comprensión puede encaminarnos hacia una mejor apreciación del lugar y función que desempeña el intelectual en la sociedad. En cuanto a la primera definición, tan amplia, se aplica precisamente a un extenso grupo de personas que constituyen una parte importante de la sociedad: a las personas que trabajan con su mente más que con sus músculos; con su pensamiento más que con sus manos. Llamémoslos trabajadores intelectuales. Son hombres de negocios o médicos; dirigentes de empresas o proveedores de “cultura”; corredores de bolsa o profesores universitarios. En este conglomerado no hay nada que envidiar, como tampoco lo hay en la noción “todos los norteamericanos” o “todas las personas que fuman pipa”. La constante proliferación de este grupo de trabajadores intelectuales representa hasta la fecha uno de los resultados más espectaculares del desarrollo histórico. Refleja un aspecto primordialmente importante de la división social del trabajo que principia con la temprana cristalización de un clero profesional, hasta alcanzar su apogeo bajo el capitalismo más adelantado —la separación de la actividad mental de la manual, de los “cuellos blancos” y los “cuellos azules”, del empleado y del obrero.

Tanto las causas como las consecuencias de esta separación son complejas y compenetrantes. Por haber sido posible gracias a la expansión continua de la productividad, y por haber contribuido enormemente a ella, esa separación se convirtió al mismo tiempo en una de las facetas principales de la desintegración progresiva del individuo; de lo que Marx

¹ Discurso pronunciado ante la *American Association for the Advancement of Science*, en Nueva York, el 27 de diciembre de 1960. Versión al castellano de Juan Broc.

calificaba de “enajenación del hombre de sí mismo”. Esta enajenación se expresa no solamente en el efecto mutilante y deformador de dicha separación sobre el desarrollo y crecimiento armonioso del individuo —efecto éste que no está mitigado sino subestimado por los trabajadores intelectuales que hacen algún “ejercicio” y por los trabajadores manuales que participan ocasionalmente en la “cultura”— sino también en la polarización radical de la sociedad en dos campos exclusivos y totalmente vinculados uno a otro. Esta polarización, que corta en forma tajante el antagonismo de las *clases* sociales, genera una espesa neblina ideológica que opaca los verdaderos retos de la sociedad y crea metas tan falsas y rupturas tan destructoras como aquellas que resultan del prejuicio racial o de la superstición religiosa. Esto se debe a que todos los trabajadores intelectuales tienen un interés obvio en común: no ser rebajados a un trabajo manual más oneroso, menos remunerativo y menos respetado —ya que son ellos los que fijan las normas de la respetabilidad—. Impulsados por ese interés, tienden a atribuir una existencia real a su propia posición; a exagerar la dificultad de su trabajo y la complejidad del talento necesario para desempeñarlo; a exagerar la importancia de la educación formal, de los títulos académicos, etc. Además, al intentar proteger su posición, se vuelven contra el trabajo manual, se identifican a sí mismos con los trabajadores intelectuales incluidos en la clase dominante y se adhieren a las filas del orden social que dio lugar a su posición y que ha creado y amparado sus privilegios.

Así, bajo el capitalismo, el trabajador intelectual es el típico servidor digno de confianza, el agente, el funcionario y el portavoz del sistema capitalista. Supone como dado el orden existente y sólo pone en duda el estado prevaleciente de cosas en lo que se refiere al ámbito limitado de su preocupación inmediata. Esta preocupación se refiere al trabajo del momento. Puede no estar satisfecho con el nivel de costos de la fábrica que posee, que dirige o en la que está empleado, y quizá procure reducirlos. Puede encomendársele la tarea de “vender” a la opinión pública un nuevo jabón o un nuevo candidato político; y cumplirá su encargo con cuidado y científicamente. Puede no estar conforme con el conocimiento actual de la estructura del átomo y dedicarse entonces con toda su energía y prodigioso talento a encontrar la forma y el medio de ampliarlo. Uno puede estar tentado a llamarlo *técnico*; pero el significado de este calificativo puede malinterpretarse fácilmente. Como presidente de una corporación puede tomar decisiones ponderadas que afecten la economía nacional así como las labores y vidas de miles de personas. Como importante funcionario gubernamental puede influir enormemente en el curso de los acontecimientos mundiales. Y como dirigente de una gran fundación u organización científica puede determinar la orientación y métodos de investigación de un gran número de científicos durante un periodo muy

prolongado. Todo eso no corresponde, evidentemente, a lo que implica el término "técnico", que denota normalmente al individuo cuya tarea no consiste en formular políticas sino en llevarlas a cabo, no en fijar metas sino en encontrar los medios de su realización, no en trazar los grandes proyectos sino en cuidar de los pequeños detalles. Y no obstante, la designación "técnico" se acerca mucho más a lo que podría abarcar la naturaleza de lo que yo quiero significar con "trabajador intelectual" de lo que el uso normal de la palabra sugeriría.

Esto se debe a que, para repetirlo, el propósito del trabajo y del pensamiento del trabajador intelectual es la tarea particular del momento. Es la racionalización, el dominio y manipulación de cualquier rama de la realidad en la que está interesado de inmediato. En este aspecto, difiere poco o nada del trabajador manual que moldea láminas, que ensambla las piezas de un motor o que acomoda ladrillos al edificar una pared. En presando lo anterior en términos negativos, el trabajador intelectual, *como tal*, no se dirige hacia el significado de su trabajo, hacia el lugar que éste ocupa en toda la estructura de la actividad social. En otras palabras aún, no está interesado en la relación existente entre el segmento del comportamiento humano dentro del cual suele operar y los demás segmentos, ni entre aquel y la totalidad del proceso histórico. Su lema "natural" consiste en no meterse en lo que no le importa y, si es consciente y ambicioso, en ser lo más eficiente posible y en alcanzar el mayor éxito. En cuanto a los demás, también deja que atiendan sus propios asuntos, cualesquiera que sean éstos. Acostumbrado a pensar en términos de capacidad, experiencia y habilidad, el trabajador intelectual considera que el estudio de los problemas propios, en relación con el total, es una especialidad entre muchas. Para él, este dominio o campo de acción pertenece a los filósofos, a los funcionarios de la religión o a los políticos, al igual que los asuntos referentes a la "cultura" o los "valores" corresponden a los poetas, los artistas y los sabios.

Pero eso no quiere decir que todo trabajador intelectual formula en forma explícita y mantiene conscientemente este punto de vista. Sin embargo, podría decirse que posee una afinidad intuitiva con las teorías que lo incorporan y racionalizan. Uno de ellos es el muy famoso y bien conocido concepto del mundo de Adam Smith, de acuerdo con el cual todos y cada uno contribuyen al florecimiento común de todos los jardines. A la luz de esta filosofía, la preocupación por el todo se aparta de la preocupación del individuo y, si es que llega a afectarlo, sólo lo hace en forma marginal; es decir, en su carácter de ciudadano. Además, la fuerza e influencia de esta filosofía proviene de la importante verdad que dice que bajo el capitalismo el conjunto se enfrenta al individuo a modo de proceso exageradamente objetivo e irracionalmente impulsado por fuerzas oscuras que es incapaz de comprender y mucho menos de influir.

La otra teoría que refleja la condición del trabajador intelectual y satisface sus requisitos, es la noción de la separación de medios y fines, del divorcio entre la ciencia y la tecnología por un lado, y la formulación de metas y valores por el otro. Esta postura, cuya antigüedad es por lo menos igual a la de Adam Smith, ha sido citada por C. P. Snow como una "forma de escurrirse". De acuerdo con las palabras textuales de Snow, aquellos "que desean salvarse dicen: *nosotros* producimos las herramientas. Nos detenemos aquí. A *ustedes*, el resto del mundo, los políticos, les corresponde decidir cómo habrán de usarse esas herramientas. Pueden usarlas con fines considerados malos por la mayor parte de nosotros. De ser así, lo sentimos. Pero como científicos, no nos concierne". Y lo que se aplica a los científicos se aplica también con igual fuerza a otros trabajadores intelectuales.

Es inútil señalar que la postura en cuestión engendra, en la práctica, la misma actitud adoptada por los discípulos de Adam Smith: "no ocuparse de lo ajeno"; no es sino lo mismo, aunque con otra denominación. Además, esa actitud permanece fundamentalmente inafectada por la predisposición que prevalece en la actualidad y que consiste en confiar más en el gobierno que en los principios del *laissez faire*; en sustituir la mano invisible de Dios por otra más evidente, aunque no necesariamente más benévola: la del Estado capitalista. El resultado es el mismo: la preocupación por el conjunto ya no encaja con el individuo y, al delegar en otros la preocupación, acepta *eo ipso* la estructura existente del conjunto como plano de referencia y se suscribe al criterio prevaleciente de racionalidad, a los valores dominantes y a las normas de valoración de la eficiencia, la realización y el éxito, impuestas por la sociedad.

Ahora bien, estoy de acuerdo en que es en relación con los problemas planteados por *todo* el proceso histórico que debemos buscar las vertientes decisivas que separan a los trabajadores intelectuales de los propiamente intelectuales,² ya que lo que distingue al intelectual, diferenciándolo de los trabajadores intelectuales y, de hecho, de todos los demás, es que su preocupación por el proceso histórico global no es un interés tangencial sino otro que penetra su pensamiento y afecta significativamente su trabajo. En realidad, esto no implica que, en su actividad diaria, el intelectual esté ocupado en el estudio de todo lo referente al desarrollo histórico. Es ésta una imposibilidad manifiesta. No obstante, sí significa que el intelectual busca relacionar sistemáticamente cualquier campo específico que estudia con los demás aspectos de la existencia humana. En verdad, es precisamente este esfuerzo por *interconectar* las cosas el que, para los trabajadores intelectuales que operan dentro de la estructura de las insti-

² Para evitar una posible mala interpretación: los trabajadores intelectuales pueden ser (y a veces son) intelectuales, y los intelectuales son frecuentemente trabajadores intelectuales. Digo frecuentemente porque muchos trabajadores industriales, artesanos o agricultores pueden ser (y en ciertas circunstancias históricas han sido a menudo) intelectuales, sin ser trabajadores intelectuales.

tuciones capitalistas y que se nutren de una ideología y cultura burguesas, parece residir en compartimentos separados del conocimiento de la sociedad y del trabajo de la misma —es este esfuerzo por interrelacionar lo que constituye una de las características sobresalientes del intelectual—. Además, es también ese afán el que identifica una de las principales funciones del intelectual en la sociedad: servir como símbolo y recordatorio del hecho fundamental de que los manjares aparentemente autónomos, discordes y fragmentarios de la existencia social bajo el capitalismo —literatura, arte, política, orden económico, ciencia y condición cultural y psíquica de la población— pueden todos entenderse (y estar influidos) sólo cuando se les considera como una parte del proceso histórico total.

Este principio, “la verdad es el total” —para emplear una expresión de Hegel— trae a su vez consigo la necesidad de resistirse a aceptar como punto de referencia, o a considerar como inmune el análisis de cualquier parte aislada del conjunto. Sea que la investigación se refiera a la desocupación de un país, al atraso y a la miseria de otro, a la situación de la enseñanza en la actualidad, o al desarrollo de la ciencia en alguna otra época, ningún conjunto de condiciones prevalecientes en la sociedad pueden darse por sentadas, y ninguna de ellas considerarse como “extraterrestre”. Además, es totalmente inadmisibles rehusarse a revelar las complejas relaciones existentes entre cualquier fenómeno que suela estudiarse y lo que es indudablemente el núcleo del proceso histórico: la dinámica y la evolución del propio orden social.

Aun más importante es darse cuenta de las implicaciones de la práctica, cuidadosamente cultivada por los ideólogos burgueses, que consiste en considerar los llamados “valores” del pueblo fuera del alcance del escrutinio científico. Porque esos “valores” y “apreciaciones éticas” que son intocables para los trabajadores intelectuales, no caen del cielo. Constituyen en sí ciertos aspectos y resultados importantes del proceso histórico, y no sólo deben conocerse sino también examinarse en cuanto a su origen y función que desempeñan en el desarrollo histórico. De hecho, el desembrujamiento de los “valores” y de las “apreciaciones éticas”; la identificación de las causas sociales, económicas y psíquicas de su surgimiento, cambio y desaparición así como la revelación de los intereses específicos que sirven en un determinado instante, representan la mayor contribución que el intelectual puede hacer en favor del progreso humano.

Todo lo anterior suscita un nuevo punto. Interpretando su función como la aplicación de los medios más eficaces para lograr ciertos fines estipulados, los trabajadores intelectuales adoptan un punto de vista agnóstico de los propios fines. En su carácter de especialistas, dirigentes y técnicos, creen no tener ninguna responsabilidad con la formulación de las metas; ni tampoco se sienten calificados para expresar su preferencia por una u otra meta. Como se señaló anteriormente, admiten tener cier-

tas predilecciones como ciudadanos; pero éstas no cuentan ni más ni menos que las de los otros ciudadanos. Como científicos, expertos y sabios desean resistirse a avalar una u otra de esas "apreciaciones del valor". Está perfectamente claro que esa reticencia equivale a avalar en la práctica el *statu quo*; a prestar ayuda a los que procuran impedir cualquier cambio en el orden existente de las cosas, a favor de otro mejor. Es esta "neutralidad ética" la que encaminó a muchos economistas, sociólogos y antropólogos a declarar que, *qua* científicos no pueden expresar opinión alguna respecto a si sería mejor o peor para la población de los países subdesarrollados encaminarse de lleno por la senda del crecimiento económico; y es en nombre de esa misma "neutralidad ética" que científicos eminentes han dedicado su energía y talento al invento y perfeccionamiento de los medios que permitirían la guerra bacteriológica.

Sin embargo, podría objetarse que soslayo el problema; que éste surge precisamente debido a la imposibilidad de deducir, tan sólo por medio de la evidencia y la lógica, lo que es bueno o malo, o lo que contribuye al bienestar humano en vez de ser contrario a él. Por más fuerza que tenga ese argumento, no deja de estar fuera de lugar en la actualidad. Puede suponerse, sin más, que no hay posibilidad alguna de llegar a una apreciación de lo que es bueno o malo para el adelanto de la humanidad y que tenga validez *absoluta*, sin hacer referencia al tiempo y al espacio. Empero, una apreciación tan *absoluta* y universalmente aplicable es lo que podría llamarse una meta *errónea*, y la insistencia en su carácter indispensable sería un aspecto más de una ideología reaccionaria. La verdad es que lo que constituye una oportunidad del progreso humano, para mejora del conjunto de la humanidad, y también lo que conduce a él o impide su realización va cambiando de un periodo a otro y de un lugar a otro en el transcurso de la historia. El problema con respecto a cuáles apreciaciones se requieren nunca ha sido abordado a través de preguntas especulativas *abstractas* concernientes al "bien" o al "mal" en general; siempre lo ha sido a través de los problemas concretos anotados en la agenda de la sociedad por las tensiones, contradicciones y constelaciones variables del proceso histórico. Además, nunca ha existido la posibilidad o necesidad de llegar a soluciones *absolutamente* válidas; siempre existe la necesidad de utilizar la sabiduría, la experiencia y el conocimiento del género humano para lograr una *aproximación* lo más cercana posible a aquello que constituye la mejor solución, dadas las condiciones prevalecientes.

Sin embargo, si hemos de emular a aquellos que desean permanecer al margen, a los "neutralistas éticos" que sólo se ocupan de lo que les interesa, entonces eliminaríamos precisamente al estrato de la sociedad que posee (o debería poseer) el mayor conocimiento, la más integral educación y la mayor facilidad para explorar y asimilar la experiencia his-

tórica, para proveer a la sociedad de la orientación humana y la guía intelectual, fruto de todas las encrucijadas concretas del devenir histórico. Si, como lo observó recientemente un famoso economista, “todas las posibles opiniones no cuentan más ni menos que las mías”, ¿cuál es entonces en verdad la contribución que los científicos y trabajadores intelectuales de todos los tipos desean y pueden hacer al bienestar de la sociedad? La respuesta, en el sentido de que es el “conocimiento” para la realización de los objetivos que la sociedad elige, no es satisfactoria. No lo es porque es evidente que las “elecciones” de la sociedad no surgen por encanto, que la sociedad se pronuncia por ciertas “elecciones” a través de una ideología engendradora por el orden social existente en un determinado instante, misma que engatusa, aterroriza y obliga a otras “elecciones” los intereses que están en capacidad de hacerlo. La retirada del trabajador intelectual del lugar desde el cual puede influir en el desenlace de esas “elecciones” dista mucho de dejar un vacío en el área de formación del “valor”, porque abandona esos vitales campos de actividad a los charlatanes, a los timadores y a otros cuyas intenciones y propósitos son todo, menos humanitarios.

Convendría mencionar otro argumento expresado por algunos de los “neutralistas éticos” más fervientes. Advierten, tajante y violentamente a veces, que después de todo no puede establecerse, con base en la evidencia y la lógica, si hay alguna virtud en ser humanitario. ¿Por qué algunos han de pasar hambre, si sus sufrimientos permiten que otros disfruten de opulencia, libertad y felicidad? ¿Por qué se ha de procurar una mejor vida para las masas en vez de preocuparse por sus propios intereses? ¿Por qué hemos de preocuparnos por la proverbial “leche para los hotentotes”, si tales preocupaciones han de ocasionar molestias e inconveniencias a nosotros mismos? ¿No es la postura humanitaria en sí una “apreciación del valor” que carece de fundamento lógico? Hace cerca de treinta años, un líder estudiantil nazi (más tarde convertido en SS prominente y funcionario de la Gestapo) me hizo esas preguntas en una reunión pública, y la mejor respuesta que se me ocurrió entonces es todavía la que considero mejor ahora: la discusión útil de los problemas humanos sólo puede llevarse a cabo entre humanos; se pierde totalmente el tiempo cuando se habla con bestias sobre los asuntos relacionados con el hombre.

Es éste un punto en el cual el intelectual no puede transar. Las divergencias, los argumentos y las luchas amargas son inevitables y, de hecho, indispensables para alcanzar la forma y los medios de satisfacer las condiciones necesarias de salubridad, desarrollo y felicidad del género humano. No obstante, la adherencia al humanismo, la insistencia en el principio de que la persecución del progreso humano no requiere justificación científica ni lógica, constituye lo que podríamos llamar el fundamento axiomático de todo esfuerzo intelectual significativo, fundamento

axiomático éste sin cuya aceptación no puede considerarse al individuo como intelectual, ni por sí mismo ni por los demás.

A pesar de que los escritos de P. C. Snow revelan indudablemente que aceptaría sin reserva este punto de partida, parece que cree que el compromiso del intelectual puede reducirse esencialmente a la obligación de decir la verdad. (¡De nada vale aquí discutir el hecho de si hay bases evidentes o lógicas para apoyar la afirmación de que la verdad debe preferirse a la mentira!) De hecho, la razón principal de su admiración por los científicos es la devoción de éstos por la verdad. Los científicos —dice en su discurso antes citado— “desean encontrar lo que hay *ahí*. Sin este deseo, no hay ciencia. Es la fuerza impulsora de toda la actividad. Obliga al científico a tener un respeto superlativo por la verdad, a cada instante. Es decir, que si se quiere encontrar lo que hay *ahí*, es preciso no engañarse a sí mismo ni a los demás. No se debe mentir a sí mismo. En el nivel más primitivo, nadie debe falsificar sus propios experimentos”. (Cursivas en el original.) Y sin embargo, a pesar de que este pronunciamiento contribuye mucho a formular el compromiso básico del intelectual, no examina el problema en su totalidad. No lo examina porque el problema no consiste meramente en decir la verdad, sino también en señalar lo que la *constituye* en un caso determinado, así como en precisar lo que *en ella* se incluye y *lo que* no se menciona. Aun en el campo de las ciencias naturales, hay asuntos importantes y fuerzas poderosas que desvían las energías y talento de los científicos en otras direcciones, e impiden o esterilizan los resultados precisos de sus trabajos iniciales. Cuando se trata de asuntos referentes a la estructura y dinámica de la sociedad, el problema adquiere importancia primordial. Tiene importancia porque la verdadera declaración relativa a un hecho social puede convertirse (y lo más probable es que así ocurra) en una mentira, cuando el hecho mencionado se desprende del conjunto social del que forma parte integral; cuando el hecho se aísla del proceso histórico en que está incrustado. Así, en este dominio, lo que constituye la verdad se busca y menciona frecuentemente en cosas que no vienen al caso, y se insiste y se hacen pronunciamientos sobre el tipo de verdad que corresponde a una poderosa arma ideológica de los defensores del *statu quo*. Por otra parte, la revelación de la verdad sobre aquello *que tiene* importancia; la búsqueda de la verdad sobre el conjunto, cubriendo las causas y relaciones sociales e históricas, se juzga como especulativo y poco científico y se le discrimina y lleva al ostracismo social y a la intimidación inmediata.

Por consiguiente, el deseo de decir la verdad es sólo *una* condición para ser un intelectual. La otra es el valor, el propósito de terminar una encuesta racional sin importar cuáles sean los resultados, de emprender una “crítica despiadada de todo lo existente; despiadada, en el sentido de que no se detendrá ante sus propias conclusiones ni ante cualquier

conflicto que pueda ocasionar" (Marx). Así pues, el intelectual es, en esencia, un *crítico social*; una persona cuya preocupación consiste en identificar, analizar y superar a su manera los obstáculos que impiden alcanzar un orden social mejor, más humano y más racional. Como tal, se convierte en la conciencia de la sociedad y en portavoz de las fuerzas progresistas que ésta contiene en un determinado periodo de la historia. Además, como tal, se le considera inevitablemente como "alborotador" y "estorbo" por la clase dominante que procura conservar el *statu quo*, así como por los demás intelectuales que están a su servicio y que acusarán al intelectual veraz de utopista o metafísico en el mejor de los casos, y de subversivo o sedicioso en el peor de ellos.

Mientras más reaccionaria sea una clase dominante, más evidente será que el orden social que preside se ha convertido en un impedimento para la liberación humana, y más dominada estará por el anti-intelectualismo, el irracionalismo y la superstición. Y siguiendo el mismo razonamiento, más difícil será para el intelectual resistir las presiones sociales suscitadas en su contra, para impedirle rendirse ante la ideología dominante y sucumbir ante la conformidad confortable y lucrativa de los trabajadores intelectuales. En tales circunstancias, es imperativo y urgente insistir en la función del intelectual y recalcar el compromiso que tiene contraído. Es en esas condiciones cuando le corresponde, tanto por responsabilidad como por privilegio, salvar del exterminio la tradición del humanismo, la razón y el progreso, que constituyen el legado más valioso de toda la historia de la humanidad.

Podría afirmarse que identifico al intelectual con el héroe; que no es razonable pedir a alguien que se resista a todas las presiones de los intereses creados y que exponga su bienestar individual a todos los peligros por amor al progreso humano. Estoy de acuerdo en que no sería razonable demandarlo. Tampoco lo hago. La historia nos ilustra sobre muchos individuos que fueron capaces de superar sus intereses personales y egoístas y de subordinarlos a los intereses de la sociedad, aun en las épocas más tenebrosas y en las circunstancias más difíciles. Siempre necesitaron de mucho valor, de mucha entereza y de gran habilidad. Todo lo que cabe esperar ahora es que nuestro país también produzca su "cuota" de hombres y mujeres que defienden la honra del *intelectual*, en contra de toda la furia de los intereses dominantes y en contra de todos los embates del agnosticismo, del oscurantismo y del inhumanismo.